

17
I-1

425824

J. Garcia-Hidalgo.

El Mandato
de una
Conciencia

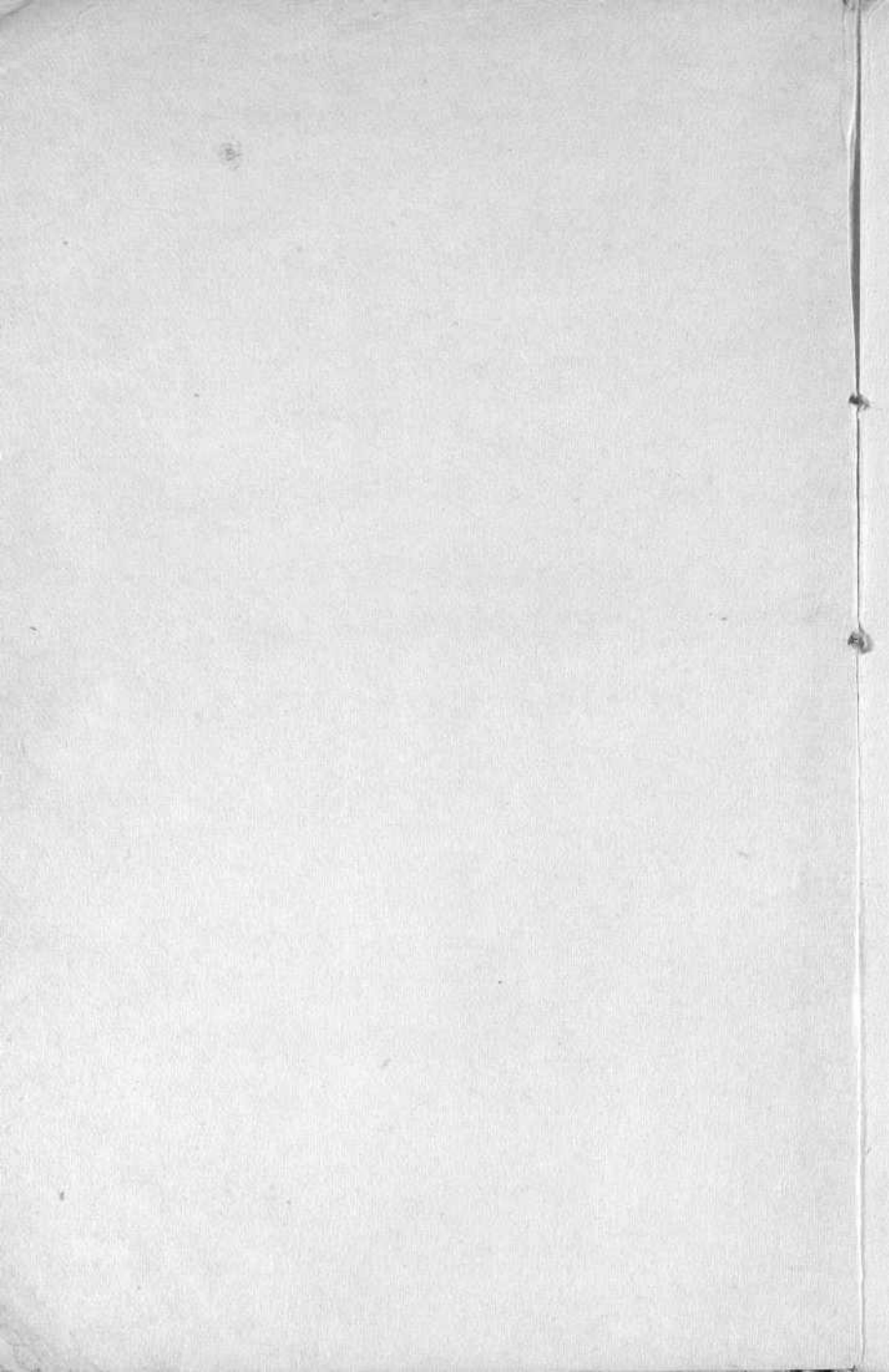
(Drama)



13

2798

EL MANDATO
DE UNA CONDENA



JOAQUÍN GARCÍA HERNÁNDEZ

EL MANDATO DE UNA CONCIENCIA

EL MANDATO
DE UNA CONCIENCIA

PRIMERA EDICIÓN

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

1961

JOAQUÍN GARCIA-HIDALGO

EL MANDATO DE UNA CONCIENCIA

DRAMA
EN DOS ACTOS Y UN EPILOGO



PUENTE GENIL
IMP. DE BALDOMERO GIMENEZ
1927



JOAQUÍN GARCÍA HIDALGO

EL MANDATO DE UNA CONCIENCIA

DRAMA

EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO



PUNTE GENIL

IMP. DE BALDOMERO GIMÉNEZ

1893

OBRAS DEL AUTOR

(ESTRENADAS)

El Camino del Ideal, comedia en tres actos.

La Mancillosa, comedia en dos actos.

El Bastardo, drama en un acto.

La Mancha de la mora..., paso de comedia en un acto.

La bella Manolita, monólogo

Beneficio positivo, monólogo.

EN COLABORACION CON MANUEL CHAVES NOGALES

Rescoldo que se hace llama, drama en tres actos.

Las inquietudes de Ernestina, boceto de comedia.

PROXIMAS A PUBLICARSE

El Réprobo, drama en un prólogo y tres actos.

EN PRENSA

Rutas, comedia en dos actos

OBRAS DEL AUTOR

(ESTRENADAS)

El Camino del Ideal, comedia en tres actos.
La Manchilosa, comedia en dos actos.
El Bostardo, drama en un acto.
La Mancha de la muerte, paso de comedia en
un acto.
La bella Manchilla, monólogo.
Beneficio positivo, monólogo.

EN COLABORACION CON MANUEL CHAVES WODALES
Rescolds que se hace drama, drama en tres actos.
Los repentes de Emilián, boceto de comedia.

PROXIMAS A PUBLICARSE

El Repeto, drama en un prólogo y tres actos.
EN PRENSA
Ruins, comedia en dos actos.

PERSONAJES

Don Pascual.

Alicia.

El Príncipe Raiscolo.

Don Luis Felipe.

Julián.

Isabel.

Pura.

Roque.

Asunción.

El Reporter Atrevido.

Adriano el fotógrafo.

Madame D'Ois.

Varios criados.

La voz de la demente.

Epoca actual — Derecha e izquierda las del actor.

PERSONAJES

Don Pascual
Alfonso
El Príncipe Raimundo
Don Luis Felipe
Juliana
Isabel
Fernando
Rosa
Astrucio
El Riquelme Astrucio
Adriana el extranjero
Marcelo D'Or
Yanos craxin
La voz de la conciencia

Epoca actual -- Doña e leguinda in del actor

ACTO PRIMERO

Sala de trabajo en la casita de campo, sencilla y cómoda, en que vive el sabio doctor don Pascual, situada muy cerca del gran sanatorio por él dirigido. Dos grandes ventanales al frente; puertas a la derecha y a la izquierda. Pocos muebles; un sillón, dos butacones, algunas sillas y un bufete cargado de libros, revistas y un microscopio. Entre las ventanas estante repleto de libros. En un rincón una vitrina como para coleccionar insectos y plantas.

ESCENA PRIMERA

DON PASCUAL. Después un CRIADO y ALICIA.

Don Pascual es un anciano de figura venerable. Viste con algún descuido. Al levantarse el telón el sábio doctor mira atentamente por el ocular del microscopio. Deja un momento de observar y haciendo una nueva preparación, vuelve a enfrascarse en su trabajo. Entra por la derecha un criado sin que su presencia sea notada por don Pascual.

CRIADO

Señor...

DON PASCUAL

¡Ah! Eres tú.

CRIADO

El correo y los periódicos que acaban de llegar.

DON PASCUAL

Bién; déjalos ahí. ¿Y la señorita Alicia?

CRIADO

Salió al monte hace rato.

DON PASCUAL

Está bien; puedes retirarte.

Sale el criado. Don Pascual de pié próximo a la ventana, abre y lee rápidamente algunas cartas. Un ruido de afuera le distrae y le hace mirar al exterior.

¡Eh!... ¡Alicia! ¿Por qué corres así, muchacha?

ALICIA

Fuera

Déjame, abuelo, que se me va a escapar.

DON PASCUAL

Pero ¿qué se te va a escapar?... Oye, sube...

ALICIA

Ahora, abuelo, que la voy a perder de vista.

DON PASCUAL

Pero ¿el qué?

ALICIA

Lo ves, abuelo; ya no la veo, ya se ha perdido.

DON PASCUAL

¿Qué dice esta muchacha?...

ALICIA

¡Tan rara y tan preciosa como eral

DON PASCUAL

Sube, chiquilla.

ALICIA

Voy corriendo, voy corriendo.

Pausa. Entra Alicia como un torbellino; roja, sofocada, colgándose con gran algazara al cuello de su abuelo.

DON PASCUAL

Cariñoso

Mira, mira como vienes, para que a lo mejor te pongas mala.

ALICIA

Pero, ¿tú sabes, abuelo?...

DON PASCUAL

Vamos a ver, vamos a ver que es ello.

Siéntanse

ALICIA

Mira; paseaba yo muy tranquila por la cuesta del acebuchal, cuando me fijé en una mariposa que se posaba en una flor, como nunca la vieron mis ojos. ¡Muy grande y con tantos colores que cegaba la vista el arco iris que resplandecía en sus alas temblorosas! Yo sentí un vivísimo deseo de cogerla, para que formara parte de tu colección, donde seguramente no figura otra igual, y me lancé en su persecución. Pero por más que he corrido y saltado tras de ella, no he logrado atraparla.

DON PASCUAL

Me alarmó verte correr de aquél modo; creí que te ocurriese algo. Y no debes ser locuela; has podido caerte, no es conveniente que te acalores tanto.

ALICIA

Pero abuelo, si era por presentarme ante tí y decirte: ¡Mira, mira que rara mariposa te trae tu nietecita!

DON PASCUAL

Bien, bien; yo premio tu buen deseo con un beso.

La besa

Y ahora, si tu quieres, hablemos seriamente. ¿Será capaz esta linda cabecita de que hablemos de de cosas muy serias?

ALICIA

Sí, sí, abuelo. ¿Y de qué vamos a hablar?

DON PASCUAL

Hija mía, de algo que hace ya muchos días he debido abordar, pero tantas veces como lo intenté me faltaron las fuerzas. Me hacía la ilusión de que retardando el momento de ocuparnos de nuestra separación, alejaba la gran tristeza que ha de producirme no tenerte a mi lado. ¡Vana ilusión! De hoy no puede pasar.

ALICIA

Pero, ¿qué dices, abuelito? ¿Que no vas a tenerme a tu lado?...

DON PASCUAL

Sí, mi pequeña Alicia. Hace algún tiempo me

escribió tu padre anunciándome que a principio de primavera vendría por tí para llevarte a vivir con él. Decía que eras ya una mujer y no podías pasarte la vida corriendo por estos montes; que era preciso ocuparse de tu porvenir, de tu educación, de presentarte en sociedad, y no sé cuantas cosas más, de esas que los hombres elegantes y de mundo, como tu padre, creen que deben hacer por sus hijas al llegar a los veinte años.

ALICIA

¿Y tú que le contestaste?

DON PASCUAL

Le supliqué repetidas veces que desistiera de su propósito, asegurándole que tú vivías aquí dichosa, desarrollándote admirablemente, formándose en tí una mujer de corazón e inteligencia, y que no temiera por tu educación, ya que tu abuelo, a quien algunos llaman nada menos que sabio, la consideraba como su mejor obra. Pero tu padre no estimó en gran cosa ni súplicas ni razones, e insistió en llevarte con él. Todavía quise hacer algo por retenerte algún tiempo más, y le pedí demorase su decisión siquiera un año... Tampoco a esto accedió, y hoy debe venir a recogerte.

ALICIA

Triste

Yo no quieroirme, abuelo. ¡No me iré nunca aunque lo mande mi padre!

DON PASCUAL

Nó, eso nó. Volveré a rogarle que no nos separe, y tú le expondrás también tu deseo de seguir viviendo aquí, pero si él cree no debe respetar mis súplicas y tu gusto, partirás con él. Y por mucha que sea tu pena al abandonar a tu abuelo y estos campos, será mucho más grande el desconuelo de este pobre viejo que pierde en tí lo único que embellecía y aromaba la última jornada de su vida.

ALICIA

Abuelito, no hables en ese tono, que dá frío. Nosotros no nos separaremos; mi padre accederá a nuestros ruegos, y yo me quedaré aquí contigo.

DON PASCUAL

¡Oh! Eso sería para mi un bien inapreciable; seguir dedicando mi vida a este capullo que ya se transforma en hermosa flor... Pero si tu padre consiente que sigas viviendo a mi lado, no siempre estaremos aquí. Ya tenía yo proyectado para este verano un largo viaje en tu compañía a los lugares más bellos de la tierra. ¿Te gustaría?

ALICIA

¡Oh, sí! ¡Mucho, abuelo!... ¡Ver mundo!... ¡mucho mundo! ¿Y donde iríamos?

DON PASCUAL

A París, la bella, la incomparable ciudad, a Italia, a Suiza, a Alemania y en otro viaje a otros países.

ALICIA

Palmoteando de contento

¡Qué alegría! ¡Qué felicidad! ¡Ver muchas ciudades! ¡muchos campos! Con tantas cosas bonitas e interesantes como habrá por ahí.

DON PASCUAL

No lo sabes tú bien, pequeña. Y tus viajes no serían como los de otras pobres mujeres, a pesar de ser linajudas y poderosas, que corren de ciudad en ciudad para solo exhibirse en los paseos, detenerse ante los escaparates y no salir de los grandes almacenes de modas. Tu abuelo te pondría en presencia de los espectáculos más grandiosos de la Naturaleza; te haría admirar las más bellas obras de arte, cuanto de curioso y raro existe en la creación, para que se despertara en tí el más noble sentimiento que debe poseer a una persona: El amor a la belleza y el respeto a todo lo que vive y alienta. ¿Con que te gustaría a tí que hiciésemos ese viaje juntos?

ALICIA

Mucho, abuelo, mucho. Y lo haremos; verás como mi padre consiente que me quede contigo.

DON PASCUAL

¡Ojalá!

ALICIA

Abuelito ¿quieres almorzar hoy muy pronto?

DON PASCUAL

A la hora de todos los días o un poco más tarde, por si viniese tu padre.

ALICIA

¡Ay! ¡Es verdad! Ya no me acordaba que debía venir.

Pausa

Abuelo, ¿cuánto tiempo hace que no veo a mi papá?

DON PASCUAL

Mucho; estará muy cerca de los seis años.

ALICIA

¡Seis años!... ¡Seis años sin ver a su hija!...

DON PASCUAL

No te entristezcas, Alicia, no pienses nada. Tu padre te quiere... pero, claro, sus negocios, sus ocupaciones, la vida tan activa que lleva no le habrán permitido... Anda, anda, prevén a Juana que hoy tendremos un huésped, que después no se enfurruñe diciendo que no se le había avisado.

ALICIA

Voy. Buenos días, Julián.

JULIAN

Buenos días, señorita Alicia.

ESCENA II

DON PASCUAL y JULIAN

DON PASCUAL

¿Qué?

JULIAN

Dejando sobre la mesa una jeringa y
una caja de ampollas.

Los colapsos no se han repetido.

DON PASCUAL

¿Y la temperatura?

JULIAN

Ha subido; faltaban tres décimas para 37°.

DON PASCUAL

No esta mal; tengo esperanzas de que salvemos
a ese pobre loco.

JULIAN

Por poco tiempo será; ese hombre juega con la vida. ¿A quién sino a él se le ocurre convaleciente de un ataque de congestión cerebral, pasarse una noche leyendo, y libros que requieren un esfuerzo mental enorme? Claro, así hemos tenido esa recaída.

DON PASCUAL

Así son estos artistas...

JULIAN

Acaban de llamarme el príncipe y la señorita Isabel Anaya. El príncipe insiste en partir, no obstante nuestro parecer contrario a ese viaje, por el estado en que se encuentra; dentro de unos instantes saldrá en automóvil, y antes pasará por aquí para despedirse de usted.

DON PASCUAL

¡Qué calamidad de príncipe! Pero en fin, allá él; nosotros hemos cumplido nuestra misión advirtiéndole los peligros a que se expone.

JULIAN

Su secretario ha dejado por orden suya en la

administración, mil pesetas para los pabellones de enfermos pobres.

DON PASCUAL

No está mal. Estos señorones de vez en cuando se acuerdan de hacer algo de lo mucho que debían practicar por la humanidad. Pero hasta para que intenten aliviar las calamidades de los pobres es preciso que los dolores y las enfermedades se entren por sus puertas; si nó, no parecen enterarse de las desdichas que pesan sobre la tierra.

JULIAN

Según dice, no tardará en volver. La señorita Isabel quiere suplicar a usted que conteste a su familia asegurándole que está muy mejorada y en condiciones de ponerse en viaje, para que vengan por ella y pasar la Semana Santa en su pueblo. Abajo espera por si no estaba usted muy ocupado y quería recibirla ahora.

DON PASCUAL

¿Y como quiere esa señorita que yo engañe a su familia?

JULIAN

Eso le he contestado yo, pero ella ha insistido en querer hablar con usted.

DON PASCUAL

Bueno, que suba.

ESCENA III

DON PASCUAL y JULIAN que entra seguido de ISABEL
y su doncella PURA.

Isabel es una solterona extremadamente delgada y muy pálida; viste de negro con mucha sencillez. La doncella es una mujer entrada en años y muy entrometida y charlatana, engreída por el mucho tiempo que presta sus servicios en casa de los padres de Isabel.

ISABEL

Buenos días, señor doctor.

DON PASCUAL

Buenos días.

ISABEL

Usted perdonará, doctor, que yo me haya atrevido a molestarle...

DON PASCUAL

A mí no me molesta usted, señorita; siempre estoy a la disposición de mis enfermos.

ISABEL

Tímida

Ya le habrá dicho don Julián lo que deseo de usted

DON PASCUAL

Sí, pero yo siento mucho no poder complacerla. Sus padres me han escrito preguntándome si está usted mejorada hasta el punto de poder resistir, sin fatiga ni empeorarse, las muchas horas de viaje que hay desde aquí a su pueblo, y yo, honradamente, no puedo contestarles sino la verdad; que no apruebo tal viaje y que de obstinarse en realizarlo podría ocasionarle un retroceso muy serio en su dolencia.

PURA

Deseosa de intervenir

¡Como está ya tan mejorada!...

ISABEL

Eso es... Yo me encuentro tan bien, mucho mejor que cuando vine...

DON PASCUAL

Sí, sí, ha mejorado usted notablemente... Y mucho más hubiéramos logrado si quisiera seguir nuestros consejos, comprendiendo el mal

que se hace a sí misma con pasarse las horas enteras orando de rodillas; y no digo nada del altarcito de su cuarto, con una enormidad de velas encendidas constantemente, robando el aire de sus pulmones, ni del disparate del otro día de andar dos leguas para ir a la iglesia del pueblo, que le costó una semana de cama.

ISABEL

Una buena cristiana, aunque esté enferma, no puede dejar de cumplir sus deberes religiosos.

PURA

Aparte

¡Muy bien dicho!

JULIAN

En el estado delicadísimo en que usted se encuentra, la iglesia, según creo, dispensa la observancia de sus mandatos.

DON PASCUAL

Naturalmente; y si tanto cuida usted de agradar a Dios, ninguna manera más adecuada que procurar por todos los medios conservar la vida que de él recibió.

ISABEL

Insistiendo tímidamente

¿Entonces, mi ruego?...

DON PASCUAL

No puedo atenderlo, señorita; sería para mi un caso de conciencia engañar a sus padres. Además, no comprendo la precisión de ese viaje; así que pase algún tiempo y esté usted más repuesta, podrá realizarlo.

PURA

Sin poder contenerse más tiempo callada.

Pero, señor médico, mi señorita quiere ir ahora al pueblo porque llega la Semana Santa; y como mi señorita es la camarera de la Virgen de los Dolores desde hace trece años, los mismos que no la visten, para salir en la procesión, otras manos que las de mi señorita y las mías, ella no quisiera faltar este año.

JULIAN

Levemente irónico

La Virgen sabrá dispensar esa falta que no es voluntaria. Además, usted puede ir a sustituir a su señorita.

PURA

Es que también mi señorita tiene mucha fé en la Virgen y cree que la pondrá buena si le cumple la promesa de acompañarla, alumbrando y descalza, toda la estación.

DON PASCUAL

Un poco impaciente

Escriba usted a sus padres manifestándoles sus deseos, y si ellos lo creen conveniente, que vengán por usted; aquí no se detiene a nadie.

ISABEL

¡Oh! ya lo sé doctor. Pero es que si usted no escribe aprobando mi viaje, mi familia tampoco consentirá que vaya.

DON PASCUAL

¿Y cómo me pide usted, señorita, que engañe a sus padres? Si ese viaje agravara su estado, lo que no sería nada difícil, ¿no me harían responsable los suyos por haberla autorizado? Compréndalo usted así ..

ISABEL

Sí, sí, lo comprendo, tiene usted razón. Y noel

molesto más; otra vez perdón por haberle distraído de sus trabajos; buenos días.

DON PASCUAL

Buenos días, señorita.

PURA

Queden ustedes con Dios.

Al tiempo de salir: a Isabel

Estos fariseos no quieren que nos vayamos para que tu padre siga pagando buenos duros.

Salen

ESCENA IV

DON PASCUAL y JULIAN

JULIAN

Ya lo ve usted; tiene más confianza en ser curada por la Virgen que por nuestros servicios.

DON PASCUAL

¿Para qué ha venido entonces?... En los veinticinco años que llevo al frente del Sanatorio, no se me ha presentado un enfermo más rebelde y testaduro que esta señorita... Y luego hablan del sexo débil.

JULIAN

El trabajo que me costó convencerla que era imposible que ayunara y guardara las vigias en su estado de agotamiento...

DON PASCUAL

No ve en el médico sino un señor caprichoso y

molesto, que le manda cosas inútiles para fastidiarla. ¡Así, tómese usted interés por asistir y cuidar a un enfermo!

JULIAN

Porque los médicos debíamos tener jurisdicción sobre determinadas personas para curarlas a la fuerza, y preocupándonos únicamente de no recibir una coz. Así nuestra labor sería más cómoda y provechosa.

DON PASCUAL

Nuestra carrera no es la medicina, es la paciencia, y no estudiamos ningún curso de ella en la Facultad. Ea, vamos a nuestros enfermos.

ESCENA V

Permanece unos instantes la escena desierta. Entra por la derecha ALICIA, después un CRIADO y el PRINCIPE RAISCOLO.

ALICIA

Entrando

¡Abuelo!... ¡Abuelo!... ¿No está? Habrá ido a visitar con Julián.

Va a salir cuando se oye la bocina de un automóvil que se detiene al pié de la ventana.

¡Ay! ¡Ay! ¿Será papá? Voy a ver.

Asomándose a la ventana

No es papá.

Sigue mirando curiosa. Entra el criado seguido del Príncipe que es un hombrecillo de aspecto raquitico. Viste a la moda y muy exagerado.

CRIADO

Tenga la bondad de pasar. ¿No está don Pascual, señorita Alicia?

ALICIA

Sorprendida ligeramente de la inesperada presencia del Príncipe.

Nó, no está. Habrá ido a los pabellones a ver a sus enfermos.

CRIADO

El señor príncipe desea despedirse del doctor...

ALICIA

Si este señor quiere esperar un instante, puede usted avisarle.

PRINCIPE

Sí, sí, esperaré.

Al criado

Vaya usted.

ALICIA

Indicando al criado la izquierda

Por ahí irá usted más pronto.

Sale el criado

Pero tome usted asiento.

PRINCIPE

Sentándose

Muchas gracias; ¿y usted, no se sienta?

ALICIA

Un poco confusa

¡Oh! ¡Sí, también!

Pausa

PRINCIPE

Bien se vé que usted no es una enferma, señorita. ¿Es usted parienta de don Pascual?

ALICIA

Sí, es mi abuelo.

PRINCIPE

¿Y vive usted aquí con él?

ALICIA

Desde que murió mi madre, siendo yo muy niña, me trajo con él y nunca he salido de aquí.

PRINCIPE

Es curioso. Haber vivido tan cerca, porque yo

he pasado aquí dos meses, y no conocernos... Verdad es que apenas he salido de mis habitaciones.

ALICIA

Y yo tampoco voy nunca por los pabellones; no quiere el abuelito. Hace tiempo murió aquí un joven y a mí me dió mucha pena y quise ir a rezar donde estaba el cadáver. Así que lo supo mi abuelo, se enfadó y me reprendió severamente.

PRINCIPE

Claro, es peligroso... y además los médicos son tan exagerados.

ALICIA

Antes mi abuelo tenía sus habitaciones en el pabellón grande, pero al venir yo mandó levantar esta casa para nosotros.

PRINCIPE

¿Y a usted le agrada vivir en el campo?

ALICIA

Mucho. Soy muy feliz aquí. ¿A usted no le gusta?

PRINCIPE

El campo para cazar unas horas, para dar un paseo en automóvil, no está mal. Pero para vivir largas temporadas, lo detesto. Ahora, que por exigirlo mi salud, he tenido que aguantarlo dos meses, no puede figurarse el sacrificio que me ha costado. ¡Siempre triste y aburrido! Si la hubiera conocido antes...

ALICIA

Acaso lo pasó mal por estar encerrado. Estos alrededores son muy alegres. Hay sitios pintorescos, rincones deliciosos.

PRINCIPE

A mí, señorita, es que no me dice nada el campo. Y todavía con muchos invitados, con mucha gente, pase. Pero sólo ¡oh! ¡qué fastidio! Varias veces he intentado pasar una temporada en alguna de mis posesiones y a los dos días de estar allí me picaba el cuerpo y salía escapado para mi querido Madrid, que es donde yo vivo a gusto.

ALICIA

Pues ya ve usted, mi padre quiere llevarme a vivir allí con él, que hoy precisamente vendrá a recojerme, y yo he de hacer todo lo posible por quedarme aquí con mi abuelo.

PRINCIPE

¡Camo se vé que no conoce usted aquella vidal!
Si viviera usted un mes allá, variaría de opinión.

ALICIA

No sé, pero me parece que nó.

PRINCIPE

Entonces, ¿su padre vive en Madrid?

ALICIA

Sí, siempre.

PRINCIPE

Es fácil que yo lo conozca, porque yo en Madrid, como voy a todas partes, a los teatros, a los toros, a las carreras de caballos, a la Castellana, conozco a todo el mundo. ¿Cómo se llama su padre?

ALICIA

Luis Felipe Liñán.

PRINCIPE

¡¡Liñán!! ¡Pero si es muy amigo mío! ¡Quién no conoce en Madrid a Liñán el banquero, famoso

por sus trenes y su postín! Yo sabía que era viudo pero ignoraba que fuera yerno de don Pascual y que tuviera una hija tan. . .

ALICIA

¿Y mi padre sabe que está usted aquí?

PRINCIPE

No debe saberlo, pues la agravación de mi enfermedad fué repentina, y el decidirme a venir a aquí, cosa de días. Pero cuando usted lo vea, pregúntele por el príncipe Raiscolo y ya le dirá si nos conocemos y somos amigos. Y ahora, señorita, voy a permitirle darle un consejo: Vaya usted a Madrid que la ciudad la maravillará a usted y usted la maravillará a ella. ¡Ahí es nada el derroche que hará Luis Felipe para presentar a su hija en sociedad!

ESCENA VI

DICHOS DON PASCUAL y JULIAN, que entran
por la izquierda.

DON PASCUAL

Usted sabrá dispensar esta espera...

PRINCIPE

Al contrario, doctor; me alegro porque me ha proporcionado la ocasión agradabilísima de conocer a su nieta, hija de un gran amigo mío.

DON PASCUAL

¿Es usted amigo del padre de Alicia?

PRINCIPE

Mucho.

DON PASCUAL

Hoy debe venir. ¿Pero usted no se sienta?



PRINCIPE

No puedo entretenerme más. Sólo deseaba darle un apretón de manos antes de partir.

DON PASCUAL

Que conste que hasta última hora protesto de su viaje y lo considero una locura.

PRINCIPE

¡Ay doctor! Yo bien quisiera hacer a usted caso. Pero no tengo valor para quedarme aquí prisionero, ahora que se aproxima la feria de Sevilla, con sus magníficas corridas de toros, las carreras de caballos y la alegría que caracteriza a estas fiestas. La recomiendo, señorita, que no deje de ir alguna vez a la feria de Sevilla; no hay nada que pueda comparársele. Seguramente le agradaría mucho.

ALICIA

¿Sí?

DON PASCUAL

Ya, ya irá Alicia conociendo todas esas cosas. Y antes que se me olvide; un millón de gracias por su espléndido donativo para mis enfermos pobres.

PRINCIPE

¡Por Dios, doctor!

JULIAN

Yo también he de dar las gracias a usted por las cajas de habanos que tan amablemente ha dejado para mí.

PRINCIPE

Eso no vale nada. El agradecido debo serlo yo por las atenciones que aquí se me han dispensado. Y no les entretengo más. Señorita, ha sido para mí un gran placer conocerla y si va usted a Madrid, ya tendré el honor de saludarla, que usted será estrella que brillará en todas partes y yo no podré dejar de distinguir su brillo.

ALICIA

Muchas gracias. Adiós.

PRINCIPE

Doctor, reconocidísimo por todo, y perdón por mi rebeldía.

DON PASCUAL

Buen viaje; adiós.

JULIAN

Quedo a sus órdenes, señor príncipe Feliz viaje.

PRINCIPE

Gracias, buenos días.

Sale por la derecha y a los pocos instantes se oye la bocina del automóvil que parte.

ESCENA VII

DICHOS menos el PRINCIPE

ALICIA

Que ha permanecido asomada a la ventana como siguiendo con la vista al automóvil que se aleja.

De manera, abuelo, que este señor es un príncipe.

DON PASCUAL

Qué, ¿te ha sorprendido? ¿Qué te creías tú que era un príncipe?... ¿Algo sobrenatural?... Pues ya

ves qué poca cosa es un príncipe; un hombre como los demás.

ALICIA

¡El príncipe Raiscolo! Parece un nombre de los cuentos de hadas.

DON PASCUAL

Caprichos de los hombres, que juegan a ponerse motes.

JULIAN

Aunque ellos se empeñen en sostener que tienen la sangre azul...

DON PASCUAL

Este ya sabemos tú y yo como tiene la sangre, y no es precisamente azul.

ALICIA

Abuelo, este príncipe será muy poderoso, ¿no?

DON PASCUAL

Sí, hija mía, es muy poderoso. Pero su poderío no es seguramente el que supone tu imaginación, ni por el que me preguntarás. Tú creerás que este príncipe tiene inmensos estados, numerosos vasallos, grandes ejércitos, palacios fantásticos, bufones, músicos, juglares..., vamos un príncipe de

los que conoces por los cuentos que te he dado a leer. No hay tal, mi Alicia. Este es un príncipe que viste de americana, va a los toros y es amigo de los toreros, derriba becerros, vende a los americanos las obras de arte que heredó de sus mayores, guía el coche y el automóvil y se emborracha y juega a los naipes como un villano cualquiera.

JULIAN

Es un príncipe demócrata, lo que dan los tiempos. ¿Dijo usted que hiciera yo sólo la visita al pabellón chico?

DON PASCUAL

Sí, muy bien.

alicia

Abuelo, Juana quiere saber si papá vendrá sólo o acompañado; dice que no quiere que le pase como el otro día; esperabas uno y vinieron cuatro.

DON PASCUAL

Probablemente vendrá él sólo.

ALICIA

Pues voy a decírselo.

Julián sale por la izquierda: Alicia se dirige hacia la puerta de la derecha a tiempo que entra don Luis Felipe.

ESCENA VIII

DON PASCUAL, ALICIA y DON LUIS FELIPE

DON LUIS

Yo me entro como Pedro por su casa.

ALICIA

Corriendo a sus brazos

¡Papá!

DON PASCUAL

¡Luis Felipe!

DON LUIS

¿No me esperábais?

DON PASCUAL

Sí, pero nó en este instante. ¿Cómo estás?

Saludándole sin gran afecto

DON LUIS

Bien, ¿y usted?

DON PASCUAL

No estoy mal. ¿En qué has venido?

DON LUIS

En automóvil, pero al llegar cerca de aquí nos ocurrió una avería y aunque el chauffeur dijo que la repararía en seguida, preferí venir andando el corto trecho que nos quedaba. Tú estás hecha ya una mujer, ¡y que fuerte y que guapa! ¡Hermosas flores de esta sierra!

ALICIA

Abrazándole otra vez

Cállate papá...

DON PASCUAL

¿Tú querrás lavarte un poco?

DON LUIS

Sí, no me vendría mal un chapuzón y quitarme un poco de polvo.

DON PASCUAL

Alicia, llévale a su cuarto.

ALICIA

Ven por aquí.

DON LUIS

Hasta ahora, querido suegro.

DON PASCUAL

Adiós.

Hacen mutis por la izquierda Luis
Felipe y Alicia.

ESCENA IX

DON PASCUAL

Algo muy íntimo me dice que se la llevará...
que de nada servirán mis súplicas. Me ha bastado
mirarle a los ojos para ver al hombre de siem-
pre... egoísta, lijero, caprichoso... ¡Se la lleva-
rá!... ¡Se la llevará!... Y yo sufriré en silencio...
¿Qué ha sido mi vida sino sufrir siempre?

Sale abatido

ESCENA X

ROQUE y ASUNCION, que son dos aldeanos y el CRIADO
con un saquito de viaje en la mano.

CRIADO

Pasen ustedes. No sé si podrá recibirles el señor director; voy a preguntarlo.

ROQUE

Bueno, bueno, y muchas gracias.

Sale el criado

ASUNCION

Es mu llano el crio éste. ¿No es verdad?

ROQUE

Sí, sí, siempre serán estas finezas pa que le soltemos algo, pero se va a lucir.

ASUNCION

¡Ay! Yo me voy a sentar, que estoy reventá.

ROQUE

- Escucha tú; no te tengas que asentar. En una casa forastera no se asienta uno hasta que se lo dicen.

ASUNCION

¿Y quién me lo va a decir, Roque, si no hay naiden aquí?

ROQUE

Pos se espera a que entre alguien.

ASUNCION

Aguardaré entonces, hijo, que tú sabrás más que yo de esos cumplíos.

ROQUE

Vamos a ver que clase de pajarraco se nos presenta.

ASUNCION

Oye, Roque, ¿y si dijera que nuestra hija no se pué quear aquí de balde, como pobre de solemnía?

ROQUE

Pero, ¿cómo va a ser eso, mujer? ¿No oíste al méico del pueblo que nos dijo que en este sanatorio había muchas plazas pa los pobres?

ASUNCION

Acuérdate de Curro, cuando fué a la Corte, pa que le operasen, creío en que no le iban a llevar ná por decir que era pobre, y le pusieron dos mil reales.

ROQUE

Y él tuvo la culpa, que se presentó en casa del méico con su güena caena de oro y vestío como un marqués, y también la Romualda con su saya de sea y sus zarcillos de piedras: y claro, el méico dijo: aquí se pué sacar tajá, y los enclavó. Pero si hubieran fo hechos unos pobretones y contando penas, como venimos acá, ríete que no le llevan un real. Porque vamos a cuentas. ¿Cómo va a saber este méico que acá tenemos un cortijillo y unas huertecillas y unas casillas y unos dinerillos daos a gabela? ¡Ná, un mal pasar!

ASUNCION

Roque, ¡miá que estos hombres saben mucho!

ROQUE

¡Qué van a saber! Y en último caso, si no pue venir de balde, la Cecilia se queará en la casa.

ASUNCION

¿Serás capaz de consentir que se nos muera allí, como ha dicho el méico?

ROQUE

¡Qué se va a morir! Eso de que pa que no se muera sin remedio es menester traerla aquí, son chiflauras, desageraciones del méico. Y toavía sin costar ná, güeno, que venga; que no se diga que uno no se sacrifica y hace to lo que pue pá curarla. Pero soltar dos o tres duros toos los días, que dice el méico que cuesta esto. ¡Era menester que yo me golviera loco!

ASUNCION

Cállate, que paese que vienen ..

ESCENA XI

DICHOS, el CRIADO y DON PASCUAL

CRIADO

Aquí viene el señor doctor.

Sale

DON PASCUAL

Entrando

Buenos días.

ROQUE

Buenos días, señor méico.

ASUNCION

Buenos días tenga usted.

DON PASCUAL

Les ruego tomen asiento. ¿Qué deseaban ustedes?

Pausa

ROQUE

Pos veníamos a hablar con usté a ver si fuera posible que trajéramos aquí una hija que tenemos enferma hace una porción de tiempo.

DON PASCUAL

¿Qué tiene?

ROQUE

El méico del pueblo dice que está ética, y que ca día va a peor, pero esto me parece a mi que es desagerar. Ella es verdá que siempre está esasosegailla y que tié mal colorcillo, y tose de vez en cuando, pero na más.

DON PASCUAL

¿Y le parece a usted poco?

ASUNCION

¡Ay señor méico! Y por las tardes le entran unos suores y una calentura que dá pena de la probetica.

DON PASCUAL

Bién. Y ustedes desean que su hija venga al sanatorio.

ROQUE

¡Sí, señor. Pero ya ve usté, de venir habría e ser a esas plazas que hay pa los probes. Uno no pué otra cosa... no tié uno más que su trabajo... y con lo malos que han venío los años... Y luego hace tres meses se me murió la burra, lo único que tenía;... y no hará seis que murió la suegra, que a ésta hubo que enterrarla...

DON PASCUAL

¡Claro! Bien, no siga sus lamentaciones. Su hija tendrá plaza en el sanatorio.

ASUNCION

Dios le premiará a usted su buena obra, señor méico.

ROQUE

Me dán ganas de llorar, de ver lo güeno que ha sío usté pa nosotros.

DON PASCUAL

Sentándose ante la mesa, escribe

Voy a darles una nota...

ROQUE

Bajo a Asunción

¡Que te decía yo!

ASUNCION

¡Calla!

DON PASCUAL

Van ustedes a ese edificio grande que hay en el cerro y preguntan por don Julián, entregándole esta notita; él les dirá lo que han de hacer.

ASUNCION

Muchas gracias, muchas gracias, señor méico.

ROQUE

Este año se comerá usté las mejores brevas de mis huertas.

DON PASCUAL

Irónico

Pero ¿no decía usted que no tenía más que la burra y se murió?

ROQUE

Confuso

¡Ay, sí, es verdad!... Pero es que esas huertas

son de un tío mío que me las dejará cuando se muera, y yo, con la alegría...

DON PASCUAL

También lo mató usted como a la suegra y la burra... Bueno, bueno, vayan ustedes con Dios.

Salen los dos aldeanos por la derecha, saludando repetidas veces; después de una breve pausa don Pascual hace mutis por el mismo sitio.

ESCENA XII

DON LUIS FELIPE y ALICIA

ALICIA

¿Necesitas algo más de tu hija?

DON LUIS

Nada, nada, mi Alicia. Me ha sido muy útil tu ayuda.

ALICIA

Sí, búrlate; te habré parecido torpe, como no tengo costumbre...

DON LUIS

¿Torpe? Ni el ayuda de cámara más listo hubiera hecho las cosas con tanto primor; puede creerlo la señorita Alicia.

ALICIA

¡Oh!...

DON LUIS

¿Y tu abuelo?

Se sientan

ALICIA

Estará en el laboratorio. ¡Ay! ¿No sabes?... Hoy he conocido a un amigo tuyo.

DON LUIS

¿A un amigo mío? ¿Quién es?

ALICIA

El príncipe Raiscolo.

DON LUIS

¿Y donde has conocido al príncipe?

ALICIA

Aquí, que ha estado dos meses; marchó poco antes de tú llegar.

DON LUIS

Es verdad que hace una porción de días que no le veo, pero me figuré que estaría diableando por esos mundos de Dios. ¡Pobre príncipe! Es un infeliz.

ALICIA

Dice que es muy amigo tuyo.

DON LUIS

Sí, sí, somos amigos.

Pausa

Mira, ese era un buen novio para tí.

ALICIA

¡¡Un novio para mí!!...

DON LUIS

Sí, un buen novio. ¿No has pensado nunca en casarte?

ALICIA

Nó, no había pensado en ello.

DON LUIS

Pues es ya tiempo. Eres una mujercita, tienes cerca de los veinte años. Y el príncipe sería el marido ideal; débil de carácter, que cualquiera le domina, un bendito, y luego con una fortuna fabulosa y un nombre de los más ilustres.

ALICIA

¡Qué cosas dices, papá!

DON LUIS

¿Qué? ¿No te gustaría ser princesa? ¿Ocupar una posición brillante, deslumbrar a todo el mundo con tu lujo, con tus trenes?...

ALICIA

Acariciándole

Tú ya sabes lo que yo quiero.

DON LUIS

¿Quedarte aquí?... ¡Vamos! Eres una chiquilla, un verdadero crío. Si uno fuera a hacerte caso...

ESCENA XIII

DICHOS y DON PASCUAL

DON PASCUAL

¿Te has refrescado un poco?

DON LUIS

Sí, ya estoy como nuevo.

DON PASCUAL

Cuando quieras almorzar, lo dices.

DON LUIS

No estaría mal ir pensando en ello. Tengo buen apetito.

ALICIA

Pues entonces voy a disponer que lo activen.

Vosotros os estáis aquí charlando, mientras tanto, que yo os aviso para sentarnos a la mesa. Hasta luego, ¿eh?...

DON LUIS

Adiós, nenita.

ESCENA XIV

DICHOS menos ALICIA

DON LUIS

Está hecha una verdadera hermosura; no me canso de mirarla.

DON PASCUAL

Sí, está muy bien.

DON LUIS

Ha crecido mucho desde que la ví la última vez.

DON PASCUAL

No creas, ha habido tiempo de que crezca.
¡En seis años!

DON LUIS

¿Seis años?... No creí que hiciera tanto tiempo. Ella debe estar muy contenta aquí.

DON PASCUAL

Eso parece.

DON LUIS

Al decirle que venía a llevármela se entristeció y me pidió que la dejara con usted.

DON PASCUAL

Pero, ¿sigues firme en el propósito de llevártela hoy mismo?

DON LUIS

No creo haya ninguna razón para hacerme desistir de mi idea. Después del almuerzo partiremos.

DON PASCUAL

¿Y si ella te dice que desea seguir viviendo aquí? ¿Y si yo, este pobre viejo, cuya vida desgraciada debe inspirarte alguna compasión, te suplico que no te la lleves, porque la necesito a mi lado, si he de tirar los pocos años que me que-

dan de vida? ¿No serán suficientes razones para que desistas de tu propósito?

DON LUIS

Sintiéndolo mucho he de decirle que no pesan en mi ánimo lo bastante para hacerme variar de resolución. Que Alicia quiera quedarse aquí no es extraño; no conoce otra cosa, no sabe lo que es la vida, pero no tardará en alegrarse del cambio, cuando dé los primeros pasos por la nueva existencia que ahora ha de emprender. En cuanto a usted, ¿quién tiene la culpa de que se empeñe en vivir en este rincón? Si viniera usted a Madrid, estaría cerca de ella, podría verla con frecuencia, no se interrumpiría la unión estrecha en que han vivido tantos años.

DON PASCUAL

¿Crees que a mi edad, a las puertas de la muerte, debo desertar de mi obra, de mi labor, de lo que tan hondas raíces tiene en mí y sólo para que no se trunque un ligero capricho de tu voluntad?

DON LUIS

¿Y por qué llama usted capricho a lo que considero deber de padre?

DON PASCUAL

¿Hasta ahora no te has acordado que tenías deberes para con tu hija?

DON LUIS

Siempre los he tenido presentes, o al menos así lo creo.

DON PASCUAL

¡Dichosos los que, como tú, creen en ellos mismos hasta cuando debían negarse!

DON LUIS

Es usted injusto conmigo. Yo nunca me he olvidado de Alicia. ¿Pero qué podía hacer con ella cuando era un bebé? Ahora es cuando necesita de mí, y dispuesto estoy a sacrificarme por su felicidad.

DON PASCUAL

Los egoístas razonáis muy fácilmente porque sólo a vosotros tratáis de convenceros, que es lo que os importa. Lo demás, como choca contra vuestra voluntad, es el absurdo, lo imposible.

DON LUIS

Pero, dígame usted, ¿qué porvenir espera a la

muchacha reclusa en este encierro? Usted conven-
drá conmigo en que la mujer no tiene otra solución
práctica que el matrimonio. Y a Alicia, que es bo-
nita, joven, no le será difícil realizar un buen ca-
samiento, a mi lado, a la sombra de la posición que
en Madrid ocupo.

DON PASCUAL

¿Eran esos los sacrificios a que te ibas a some-
ter por su felicidad?

DON LUIS

Con sequedad

¡A esos y a los que sean precisos!

DON PASCUAL

Levantándose

Luis Felipe, no sigamos; no llegaríamos a en-
tendernos. Eres el padre que la ley ha dado a
Alicia y usando de tus derechos te la llevarás a
vivir contigo.

ESCENA XV

DICHOS y ALICIA

ALICIA

Abuelito, papá, el almuerzo espera.

DON PASCUAL

Vamos. ¡Ah! Alicia, después de almorzar te marcharás con tu padre; si tienes que arreglar algo, prepáralo.

ALICIA

¿Pero no íbamos a decirle?...

DON PASCUAL

Todo está dicho y resuelto; partirás con tu padre.

Alicia triste se lleva el pañuelo a los ojos.

DON LUIS

¡No seas niña, Alicia, no te aflijas! Verás como tu nueva vida te agradará y no te faltará nada, y te divertirás mucho

ALICIA

Echándose en brazos de su abuelo

Sí... sí... Pero, ¿y mi abuelo?... ¿Y mi abuelito?

DON PASCUAL

Intensamente conmovido, con voz que quiere ser enérgica, pero está velada por el llanto y la emoción.

¡Oh niña mía!... No sufras por mí... ¡Yo me quedaré aquí! ¡Siempre en mi puesto! ¡Siempre batallando con el dolor!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Amplio gabinete modesto y sencillo en un hotel de segundo orden de Madrid. Puerta al foro y otra a la izquierda; balcón a la derecha. En desorden por diversos sitios, prendas de vestir, un neceser de aseo, una maleta abierta en el suelo y sobre la mesa, revueltos, algunos libros y papeles.

ACTO SEGUNDO

Alguno capitán modesto y sencillo en un hotel de segundo orden de Madrid. Pasa el día y una parte de la noche en la cama. En la noche por diversos motivos, pruebas de vestir, un momento de sueño, una insomnia, abisma en el sueño y sobre la mesa, revolviendo algunas libras y papeles.

ESCENA PRIMERA

TODOS LOS PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ESTE ACTO
ENTRAN Y SALEN POR LA PUERTA DE LA IZQUIERDA

El REPORTER ATREVIDO, ADRIANO EL FOTOGRAFO
y un CAMARERO.

CAMARERO

Tengan la bondad de pasar.

Reparando en el desorden de la
habitación.

El señor no se acordaría, al ordenarme que les hi-
ciera pasar a su gabinete, como estaba esto...

Arreglando un poco

Claro, el hotel es tan chico y el saloncito de visi-
tas tan reducido... Ahora mismo no se cabe allí
materialmente con esa comisión, de no sé que
centro, que ha venido a saludar al señor... Ustedes
sabrán dispensar...

REPORTER

Sí, no se preocupe, a nosotros nos es lo mismo.

CAMARERO

Pero siéntense, ya saben que el señor no tardará en venir con ustedes.

FOTOGRAFO

Muy bien.

Sale el camarero

REPORTER

Mirando curioso toda la habitación

¿Eh? ¿Que tal?

ADRIANO

No me gusta esto, lo encuentro un poco fúl.

REPORTER

Hombre, no seas bruto. Comprende que el señor que venimos a ver es un hombre de ciencia, un sabio y este desarreglo está muy en carácter.

ADRIANO

Nó, si yo no te digo... pero vamos, que me gustaría más...

REPORTER

Que nuestra interviú fuese, como las últimas que hicimos, en el Palace o en otro sitio lujoso y confortable, ¿nó?

ADRIANO

Sí, sí, eso mismo.

REPORTER

No se puede ser monótonos, hay que cultivar la variedad. Ya recordarás que en la reseña de nuestra última entrevista hice una descripción admirable del suntuoso Hall del hotel, de las magníficas habitaciones ocupadas por el rey del Manganeso. Y la lectura de esta interviú que vamos a hacer es conveniente que produzca en el público una impresión contraria a la anterior. ¿Tú ves el aspecto de este gabinete? Pues me dá hecho medio artículo. Yo escribiré:

Como componiendo la crónica

La habitación fría, sencilla y desarreglada en que somos recibidos, nos dice que su morador es el hombre llano, estudioso, trabajador y abnegado que todos conocemos de referencias... Todo nos habla de una vida laboriosa, incesante por algo grande y sublime, que no permite ocuparse del detalle pequeño... de... de... Bueno, y así dos columnas del periódico.

ADRIANO

A tí te servirá mucho para tu artículo el aspecto de este gabinete y hasta es posible que a mi

máquina no le desagrade... Pero a mí no me dice nada acerca de un té succulento o de una merienda abundante. ¡Y los emparedados y el té del Palace son tan ricos!

REPORTER

Riendo

¡Ah, fotógrafo ruin y tragón! Eres puro materialismo.

ADRIANO

Todo lo que tú quieras. Pero mira; como el hombre es animal de costumbre, y ya es costumbre que hagamos nuestras visitas por la tarde y también que dieran de merendar a este animal, si hoy se interrumpe la costumbre me van a reventar; porque yo hice un almuerzo frugal, con la esperanza de resarcirme ahora...

REPORTER

¡Já, já, ja! Me parece que te has lucido.

ADRIANO

Alarmado

Hombre, no me descorazonas del todo... ¡Quién sabe!... Todavía es posible...

ESCENA II

DICHOS Y DON PASCUAL

DON PASCUAL

Señores; ustedes perdonarán que no haya acudido antes a ponerme a sus órdenes. Estaba ocupado atendiendo a una comisión de la Casa del Pueblo, que ha tenido la amabilidad de visitarme.

REPORTER

Doctor, no necesita usted excusarse; ya sabemos...

DON PASCUAL

Háganme el obsequio de sentarse. Y díganme que desean de mi humilde persona.

REPORTER

Si ha tenido tiempo de pasar los ojos por mi tarjeta, ya supondrá el objeto de nuestra visita.

DON PASCUAL

Leyendo la tarjeta

Sí, veo que ustedes son periodistas .., pero no caigo, no acierto a suponer en qué puedo serles útil.

REPORTER

Me figuro que habrá leído usted alguna vez «El Crítico», periódico recientemente fundado.

DON PASCUAL

Sí, sí, he leído varias veces ese periódico, que, por cierto, me parece muy bien.

REPORTER

Entre las innovaciones que ha traído nuestro diario, figura la de dedicar semanalmente una sección a publicar interviús con los más altos prestigios intelectuales de nuestro país. Un servidor de usted es el encargado de esa sección, y el señor, el reporter gráfico.

ADRIANO

Para lo que usted guste mandar.

DON PASCUAL

Muchas gracias. Y ahora recuerdo que he leído

varios de esos trabajos y también que iban firmados con el pseudónimo que lleva usted en su tarjeta.

REPORTER

Sí, señor.

DON PASCUAL

De modo que, si nó me equivoco, ¿usted quiere celebrar conmigo una interviú?

REPORTER

Justo, señor doctor.

DON PASCUAL

¿Y qué quiere usted que yo le diga, y de qué?... Si se tratara de una revista técnica, comprendo... Pero...

REPORTER

Hable usted de su labor en general, de los obstáculos que habrá tenido que vencer en este pueblo de abúlicos para realizar, sin ayuda de nadie, esa obra titánica que supone levantar el magnífico y gran sanatorio por usted dirigido. Cuénteme usted su vida íntima, alguna anécdota...



DON PASCUAL

Amigo mío, me pone usted en un gran aprieto.

REPORTER

¿Por qué, doctor?

DON PASCUAL

Porque para mí es muy violento negarme a lo que usted desea, y por otra parte soy irreductible enemigo de estas exhibiciones...

REPORTER

¡Oh! No es exhibición, doctor. Nada más justo que presentar su personalidad al público, que la desconoce e ignora.

DON PASCUAL

Yo preferiría que me conocieran solamente por mis obras, si es que tienen algún valor. Lo demás mío solo me importa a mí... y no mucho, créame.

REPORTER

¿Cómo no quiere usted que tenga valor su vida de sacrificios, de renunciación y alejamiento de todo lo que los demás hombres aman y desean, para consagrarse a mitigar los dolores y sufri-

mientos de la humanidad? Es sencillamente admirable, sublime.

DON PASCUAL

¡Por Dios, amigo mío! ¡Usted me anonada con ese aluvión de elogios inmerecidos!

REPORTER

¿Cómo? ¿Le parece a usted hiperbólico mi canto a su labor?

DON PASCUAL

Y tanto que me lo parece.

ADRIANO

Aparte

Es el primer caso que veo. Quitar hierro él mismo cuando le elogian.

DON PASCUAL

Hablándoles con sinceridad, quisiera que mi vida no saliera de las normas de llaneza y sencillez que acostumbro dar a todos mis actos.

REPORTER

Sí fuese enojoso para usted acceder a nuestros deseos...

DON PASCUAL

No es que me sea enojoso... Pero me veo en la precisión de decirles que esta visita, que he tenido tanto gusto en recibir, ha de tener mero carácter particular, y que de ningún modo apruebo que con el pretexto de ocuparse de mí, se entretenga al público, contándole cosas que no le interesan, mientras se le niegan otras que le hacen falta.

REPORTER

Levantándose

En ese caso, doctor...

ADRIANO

Aparte

¡Oh, pobre estómago mío, que desilusión has sufrido!

DON PASCUAL

Lamentaría muy vivamente que ustedes achacaran a desaire o desprecio...

REPORTER

No siga usted. Nosotros comprendemos y respetamos su manera de pensar.

ADRIANO

Aparte

Bien que sea enemigo de las entrevistas, pero no debía serlo de las meriendas.

DON PASCUAL

Deploro que hayan ustedes perdido su tiempo...

REPORTER

No es perder el tiempo haber tenido el honor de conocerle, y el placer de conversar con usted. Doctor, en la redacción de «El Crítico» me tiene a sus órdenes.

DON PASCUAL

Muchas gracias, y mándenme en otra cosa cuanto gusten.

ADRIANO

Servidor de usted; buenas tardes.

ESCENA III

DON PASCUAL, JULIAN Y CAMARERO

DON PASCUAL

Tocando el timbre

¿No sabes, Julián?

JULIAN

¿Qué?

DON PASCUAL

Esos señores que acaban de salir son periodistas y querían celebrar conmigo una entrevista, para que les contara tonterías de mi vida, y de paso me dieran un bombito.

JULIAN

¿Y usted?

DON PASCUAL

Los he despedido con cajas destempladas.

CAMARERO

Que entra

¿Llamaba el señor?

DON PASCUAL

Pregunte por teléfono a casa del banquero don Luis Felipe Liñán, si la señorita Alicia va a venir, para si nó ir yo allá.

CAMARERO

Muy bien.

Sale

JULIAN

Hoy se ha puesto en moda este género de literatura. La bailarina o el gran hombre que no han contado al público sus intimidades, no existe, no vale nada, no es nadie.

DON PASCUAL

Pues quédese para ellos esa notoriedad. Por lo que a mí toca, pienso que no basta que un señor haya hecho algo grande o bello, para que pierda

la cabeza como una portera y nos abrume contándonos simplezas y vaciedades de su vida íntima.

JULIAN

Y no crea usted, han sido muchas las personas de valer que se han prestado a estas mojigangas.

DON PASCUAL

Es, Julián, el vértigo de las cumbres.

JULIAN

¿Qué día ha señalado usted para la conferencia?

DON PASCUAL

Yo hubiera querido pasado mañana, pero la comisión me ha rogado que escoja otro día, porque ese, hay una asamblea de ferroviarios en el salón grande de la Casa del Pueblo; así que lo hemos dejado para el domingo.

JULIAN

¿Qué tema piensa usted desarrollar?

DON PASCUAL

Uno sencillo y el que más directamente puede

beneficiarles. «Relaciones que el obrero debe tener con la higiene.»

JULIAN

Está bién. Es posible que otras sociedades y organismos, aprovechando su estancia aquí, le inviten también.

DON PASCUAL

Me excusaré como pueda. Ya sabes que mi viaje no tiene otro objeto que pasar unos días con mi pequeña Alicia. No podía resistir más. ¡Ocho meses sin verla! He aceptado la invitación de la Casa del Pueblo, porque pienso que a estos pobres obreros que viven trabajando y sufriendo, no se les debe negar nada; lo mismo cuando piden pan que cuando piden justicia, o cuando piden cultura.

CAMARERO

Entrando

Han contestado que la señorita salió para venir aquí hará una media hora, y no puede tardar en llegar.

DON PASCUAL

Bien.

Se retira el camarero

JULIAN

Si no me necesita, voy a casa de Forneda a dar la nota para que manden al sanatorio el instrumental y el material que convinimos.

DON PASCUAL

Puedes ir, no te necesito.

JULIAN

Hasta ahora, maestro.

DON PASCUAL

Adios, Julián.

CAMARERO

DON PASCUAL

Bien.

ESCENA IV

DON PASCUAL y después ALICIA y MADAME D'OIS

Don Pascual permanece breves instantes distraído mirando a la calle a través de los cristales del balcón. Entra Alicia, ataviada según el último figurín, seguida de Madame D'Ois que lleva de la mano un raro y pequeño perro.

ALICIA

¡Abuelo!...

Corriendo a él

DON PASCUAL

Recibiéndola en sus brazos

¡Hija mía!... ¡Alicia!

Pausa larga

ALICIA

¡Qué es eso abuelo, lloras?

DON PASCUAL

Nó, no... Acaso sea la alegría. Pero despójate de todas estas cosas; no puedo abrazarte, ni besarte, ni verte. Estás perdida entre tantos trapos y pieles...

ALICIA

Sí, sí, te daré gusto.

Quitándose las pieles y el sombrero.

Mira, te presento a mi señora de compañía, madame D'Ois. Es muy buena, me quiere mucho.

DON PASCUAL

Señora; tengo un verdadero placer en conocerla.

MADAME

Yo también tengo ese placer.

No habla el español con gran seguridad

DON PASCUAL

Pero siéntese señora. Y tú también; así, cerquita de mí, que te vea y te contemple a mi gusto.

ALICIA

¿Cómo me encuentras?

DON PASCUAL

Bien, bien. Pero con esta manera de vestirte, te hallo un poco extraña. Tampoco tienes los hermosos colores que lucían en tu cara allá en el monte.

ALICIA

¡Abuelo, yo vivo ahora en un mundo cuyas leyes, a pesar de tu sabiduría, jamás podrás comprender! En este ambiente, aquéllos colores tan vivos, tan acentuados, no son de buen gusto.

DON PASCUAL

Hija mía, ¿no es de buen gusto tener salud?

MADAME

Mademoiselle Alicia dirá... que los colores fuertes... es chose... chose...

ALICIA

Cosa.

MADAME

Eso, eso; cosa, de pueblo... La mujer elegante, chic, debe reducir a un tono suave.

DON PASCUAL

¡Ah!... Pues yo me figuraba que la moda aconsejaría el uso de todo artificio, para aparentar que se tiene aquello que no concedió la naturaleza; pero por lo visto hay que enmendarle la plana hasta en sus mejores obras.

ALICIA

Así es, abuelo. En este medio exquisito, nada que sea natural, tiene valor.

DON PASCUAL

¿Y cómo te sometes a normas tan ridículas? Una persona inteligente y con independencia espiritual, empezaría por desentenderse de los dictados absurdos de la moda.

ALICIA

¡Ay abuelito!... Yo, desde que me separé de tí dejé de ser persona, para convertirme en un muñeco que llevan y traen y hacen de él lo que les viene en gana... Pero no hablemos de cosas tristes... Tenía que decirte, que papá y yo, estamos

muy enfadados contigo. ¿No nos tienes a nosotros, a nuestra casa, para venirte a hospedar a un hotel? Eso está muy mal.

DON PASCUAL

Si fuese yo sólo, bien... Pero viene conmigo Julián...

ALICIA

Sí, le he saludado al entrar.

DON PASCUAL

Y yo tengo que recibir enfermos, comisiones, y todo esto son molestias que he querido evitaros.

ALICIA

Nada, no te perdono lo que has hecho.

DON PASCUAL

¿Y tú picarona, sabiendo que tu abuelo ha estado enfermo ocho meses, y enfermo, más que de algún mal, de tristeza, de melancolía, por haberte perdido, no decidirte a hacerle una visita?

ALICIA

No ha sido la culpa mía, abuelo. Yo he querido ir muchas veces; no pasaba día que no lo intenta-

se, pero papá siempre estaba ocupado, me pedía que lo dejara para otro día...

MADAME

¡Oh, sí! Mademoisellè Alicia, siempre pensaba en su abuelo, siempre tenía deseo de hacer visita.

DON PASCUAL

Acariciándola tiernamente

¡Cuánto me agrada saber que no olvidaste al viejo, ni a aquéllos campos que te vieron crecer!

ALICIA

Pero ¿de veras te pasó por el pensamiento, que pudiera olvidarte?... ¿No sabes que al separarnos, me dejé el alma en aquél rincón lleno de recuerdos de mi niñez?

DON PASCUAL

Me resistía a creerlo, pero ante tu tardanza en visitarme, y que además, cada vez, fueran menos frecuentes tus cartas, en alguna ocasión llegué a abrigar la duda.

ALICIA

Ya te he dicho que mi más vivo deseo hubiera sido ir a verte con frecuencia.. Pero había otra

razón, para que temiera encontrarme en tu presencia y hasta me privase del gusto de escribirte con asiduidad.

DON PASCUAL

A ver, a ver... ¿Qué causa puede ser esa, que te impedía cartearte con tu abuelo?... No exagero si te digo que me has intrigado vivamente.

ALICIA

Como dudando en abordar un tema delicado.

Ya te contaré...

DON PASCUAL

Habla Alicia, que has llegado a sobresaltarme.

ALICIA

Vacilando aún; de repente se vuelve hacia la señora de compañía.

Madame, Rafi está muy inquieta y debía darle un paseito por la puerta del hotel, mientras yo charlo un rato con mi abuelo.

MADAME

Levantándose con presteza

Entendido. La perrita

Arrastrando mucho las erres

está tranquila pero yo le daré un paseito. ¿Qué tiempo debo pasear con Rafi?..

ALICIA

Lo dejo a su discreción, Madame.

MADAME

Muy bien.

Sale llevando de la mano a la
perrita.

ESCENA V

DICHOS menos MADAME D'OIS

DON PASCUAL

Has tenido una buena idea; así podremos hablar con entera libertad. Con que vaemos por qué mi pequeña Alicia rehúsa encontrarse en mi presencia y hasta temía comunicarse con su abuelo.

ALICIA

Echándose en sus brazos rompe en amargo llanto.

¡Ay abuelito, tú eres la única persona que me quiere bien en el mundo, y no debí nunca separarme de tí!

DON PASCUAL

Hondamente emocionado y acariciándola como a una criatura.

Sí, hija mía; ciertamente que te quiero sobre todas las cosas, y que en ninguna parte estarías mejor que conmigo... Pero se me parte el alma,

de verte llorar de ese modo... Tranquilízate y cuéntame lo que sea, que aquí tienes a tu abuelo para defenderte y ampararte.

ALICIA

Mi desdicha es irremediable.

DON PASCUAL

¿Por qué, hija mía?... No hay que descorazonarse, que las cosas más arduas, a veces, tienen arreglo. Ea, es preciso que se sobreponga mi rapaza y me cuente sus cuitas.

ALICIA

Soy muy desgraciada desde que me separaron de tí.

DON PASCUAL

Pero esa infelicidad reconocerá una o varias causas, que es lo que me interesa saber.

ALICIA

¡Qué voy a decirte!... Me obligan a llevar una vida en contra de mi gusto y de mi manera de ser... He de tratar a gentes, muy elegantes y distinguidas, pero que a mí no me agradan y con las que no tengo nada de común... Y en suma,

todos mis actos han de inspirarse en lo que quieran y ordenen los demás, sin que mi voluntad presente lo más mínimo.

DON PASCUAL

Ya me figuraba que te había de ocurrir esto... Un espíritu que vivió y se desarrolló en plena naturaleza, fatalmente había de sentirse ahogado en los convencionalismos y pequeñeces de esta sociedad... Pero hasta ahora, no me has dicho por qué temías enfrentarte conmigo.

ALICIA

Porque quería que ignorases algo que ha de producirte un vivo disgusto.

DON PASCUAL

Prefiero conocerlo a seguir en esta horrible duda... Así, que habla cuanto antes; te lo ruego, te lo suplico.

ALICIA

Quería ocultarte que me han preparado una boda, que no es de mi gusto, y que en breve plazo debo contraer matrimonio.

DON PASCUAL

Con gran extrañeza

¿Qué en breve plazo debes contraer matrimonio?... Tú, sin duda, estás bromeando...

ALICIA

No bromeo, nó; para mi desgracia, lo que te he dicho es cierto, y dentro de pocos meses me tendrás casada.

DON PASCUAL

¿Y cuando pensábais tú y tu padre comunicarme ese proyecto de matrimonio, así que se hubiese celebrado?

ALICIA

Pensábamos escribirte, participándotelo, pero como dijiste que venías, lo dejamos para entonces...

DON PASCUAL

Pero tu debiste decirme algo, ponerme unas letras sobre asunto tan importante.

ALICIA

¿No te digo que mi deseo hubiese sido evitarte la amargura que había de producirte esta noticia ingrata de mi boda?

DON PASCUAL

Pero como no podía dejar de enterarme, hubie-

ra sido preferible, que lo supiera a tiempo, y con mi intervención, frustrar ese matrimonio, que, según acabo de oírte, te hará tan desgraciada.

ALICIA

No era posible resistir, ni sola ni apoyada por nadie. A costa de muchas lágrimas, me convencí de que tenía que sacrificarme y dispuesta estoy a ello.

DON PASCUAL

No acabo de comprenderte, Alicia. Dices que te casas a disgusto y no quieres que se haga nada para evitar tu desventura... ¿Quién puede impulsarte a realizar un acto de tan graves riesgos, y en contra de tu voluntad?

ALICIA

Mi padre.

DON PASCUAL

¡Tu padre! ¿Y qué razones puede tener tu padre, para querer tu infelicidad?...

ALICIA

El, me las expuso muchas veces, pero no quie-

ro repetirlas, ya que, estoy segura, no habías de comprenderle y en cambio, te irritarías en vano.

DON PASCUAL

Bien. Creo darme cuenta de lo que se trata y quizás todavía, sea hora de impedir esa boda. Hablaré con tu padre y le haré comprender, que el porvenir y la dicha de su hija, valen algo más de lo que él se piensa.

ALICIA

Ya es tarde. Sería mejor que no le dijese nada.

DON PASCUAL

Si me desentendiese de intervenir en este grave asunto, que tan directamente te afecta, sería responsable de la felonía que se quiere cometer contigo. Pues de sobra he comprendido, por tus medias palabras, que tu padre quiere unírte a un hombre, cuyo principal mérito será la riqueza.

ALICIA

No te has equivocado.

DON PASCUAL

¿Lo ves?... ¿De qué le servirían a tu abuelo los años, si no supiese descubrir las picardías de

cierta genteciila?... ¿De manera, que tu prometido, es hombre adinerado y lo será en grande escala, cuando tu padre está tan interesado en esta alianza?

ALICIA

Pero si tú le conoces.

DON PASCUAL

¿Qué le conozco?... No sé quién pueda ser... Figúrate, yo que vengo a Madrid de mil a mil años.

ALICIA

Le conoces del sanatorio, donde le has prestado tus servicios como médico. Es el príncipe Raiscolo.

DON PASCUAL

Levantándose vivamente

¿Qué has dicho?... ¿He oído yo bien?

ALICIA

Que mi prometido es el príncipe Raiscolo.

DON PASCUAL

Con el más vivo estupor pintado en el rostro.

Pero, ¿tú has dicho que te vas a casar con el príncipe?

ALICIA

Desgraciadamente es así.

DON PASCUAL

Enérgico, con mucho brío

¡Ese matrimonio no puede ser, no puede ser, no puede ser!.. ¿Lo oyes bien, Alicia? ¡Estoy aquí para oponerme a ese crimen!

ALICIA

Esperaba que desaprobaras la boda, sólo al saber que no se ha contado para ella con mi voluntad; pero no creí nunca que te exaltases hasta ese extremo, ni comprendo bien, por qué la calificas de crimen.

DON PASCUAL

¡Claro que nó puedes comprenderlo! ¡Decimos los hombres, que la mujer no sirve para otra cosa más que para casarse y no la educamos ni la preparamos para ese acto! ¡Pero no importa! ¡Yo te

digo que ese matrimonio no se realizará! ¡Hablaré con tu padre, con el príncipe,... todo antes de entregarte a un sepulcro blanqueado!... ¡Oh, sería horrible!

Pasea de un lado a otro de la estancia, agitado y descompuesto.

ALICIA

Yendo a su abuelo

¿Te has enojado conmigo?... ¿Qué culpa tengo yo, de que se disponga de mí como de un pelele?... Ya soy bastante desgraciada por este motivo.

DON PASCUAL

Más tranquilo

Tienes razón; he sido injusto contigo, que como víctima de los siniestros planes de tu padre, sólo eres digna de compasión y apoyo.

Acariciándola

Perdóname niña. ¡Te ama tanto este viejo, que todo mi ser se ha sublevado, ante la idea de ese matrimonio, que sería tu perdición!

ESCENA VI

DICHOS, MADAME D'OIS y después DON LUIS FELIPE
y el PRINCIPE.

MADAME

Se detiene en el umbral de la
puerta y dice:

La *perrita* ha sido paseada, y en este instante
suben su papá y su prometido. ¿Qué debo hacer?...

ALICIA

Pase, madame. ¿Dice usted que llegan mi pa-
dre y el príncipe?

MADAME

Sí; he tomado el ascensor con los señores.

DON PASCUAL

Aparte a Alicia

Con cualquier pretexto, déjame a solas con tu
padre; necesito hablar con él.

ALICIA

Bien.

DON LUIS

Entrando seguido del príncipe

Felices, mi querido suegro. ¿Cómo se encuentra?

DON PASCUAL

Ya lo ves; ¿y tú?

DON LUIS

Yo siempre admirablemente.

PRINCIPE

Supe en el Club por Luis Felipe que había usted llegado y me apresuré a venir a saludarle. ¿Qué tal?

DON PASCUAL

Nada más que regular. A usted le encuentro muy desmejorado.

PRINCIPE

No estoy bien del todo; algunas molestias, cier-

tos trastornos... Es fácil que vuelva por allí otra vez.

A Alicia

Hola, mi muñequita, tú siempre tan linda.

DON LUIS

Os hacía tomando el té.

MADAME

Yo esperar que mademoiselle Alicia...

ALICIA

Iremos ahora, todavía tenemos tiempo.

Poniéndose el sombrero y las
pieles.

PRINCIPE

Si me lo permiten ustedes, las acompaño.

MADAME

¡Oh, príncipe, echanteés!

DON LUIS

Yo también voy con vosotros.

DON PASCUAL

A don Luis

Necesito hablarte; te ruego que te quedes.

DON LUIS

Bien.

Conversan breves instantes un poco distanciados de los demás. Alicia se arregla ante un espejo.

PRINCIPE

Aparte a Madame

Madame, ¿no podría usted conseguir de Alicia que en vez de ir a tomar el té fuéramos al cine?

MADAME

Maliciosa

¿Por qué los enamorados buscan siempre la oscuridad?

PRINCIPE

Para usted no debe ser un secreto.

MADAME

¡Oh príncipe diabólico!...

PRINCIPE

¿Lo logrará usted?

MADAME

C'est tres difficile, tres difficile...

PRINCIPE

Si vamos al cine, cuente usted mañana con una caja de Oporto, su vino predilecto.

MADAME

Hecha mieles

¡Oh príncipe!... Usted siempre tan gentil. Iremos al cine. C'es bien.

ALICIA

Ya estoy arreglada.

PRINCIPE

El espejo puede estar de enhorabuena. Seguramente no se habrá mirado nunca en él una cara tan bonita.

ALICIA

¡Qué bobadas se te ocurren!... Hasta mañana, abuelito, que vendré más temprano. ¿Por qué no

vas esta noche a nuestro palco del Real? Dan Salomé...

PRINCIPE

Y canta la Mavini, que es una mujer estupenda, colo...

DON LUIS

Aparte al príncipe

¡Príncipe!

PRINCIPE

¿He dicho algo inconveniente?...

DON LUIS

No .. pero antes que lo digas... ¿Te olvidas de Alicia?

DON PASCUAL

No puedo, Alicia. Ya sabes mis costumbres.

ALICIA

Abrazándole

Entonces, hasta mañana. No faltaré y me pasaré toda la tarde contigo.

Adiós...

ALICIA

¿Vamos?

MADAME

Vamos.

Despidiéndose de don Pascual
con una inclinación de ca-
beza.

Monsieur...

DON PASCUAL

¡Señora!

PRINCIPE

Doctor, ya tendré el gusto de venir más des-
pacio.

DON PASCUAL

Cuando usted guste Adiós.

PRINCIPE

¿Tú no vienes?

DON LUIS

Después iré a reunirme con vosotros.

Salen Alicia, madame y el
príncipe.

ESCENA VII

DON PASCUAL Y DON LUIS

DON PASCUAL

Grave, solemne

Siéntate.

DON LUIS

Usted dirá.

Pausa

DON PASCUAL

Por Alicia he sabido algo que me ha llenado de sorpresa.

DON LUIS

Sin duda la noticia de su matrimonio.

DON PASCUAL

Justo.

DON LUIS

¿Y usted se habrá molestado porque no le hayamos participado antes dicho proyecto,... porque no le hayamos consultado sobre él?

DON PASCUAL

Nó, no es eso; se trata de algo más grave.

DON LUIS

Pues hable usted. Ya le escucho.

DON PASCUAL

Luis Felipe, supongo que amarás a tu hija.

DON LUIS

Supone usted bien; la quiero hasta la exageración.

DON PASCUAL

Entonces no me equivocaré al creerte por ella capaz de todos los sacrificios.

DON LUIS

Sí, por ella no repararía en sacrificio alguno.

DON PASCUAL

¿Y qué harías, Luis Felipe, si vieras que un loco o un criminal atentaba contra la vida de tu hija?

DON LUIS

¿Usted me lo pregunta? Trataría por todos los medios, incluso exponiendo mi propia existencia, para librarla de ese peligro. Pero no comprendo por qué me interroga usted así...

DON PASCUAL

Vas a saberlo. Más antes de felicitarme, por estar seguro de que pensarás lo mismo que yo. O sea que el matrimonio de Alicia con ese príncipe es imposible.

DON LUIS

¿Qué dice usted?

DON PASCUAL

Que el matrimonio de Alicia y el príncipe no se realizará, porque tú y yo nos opondremos a él.

DON LUIS

¿Oponerme yo al matrimonio de Alicia?... No veo el motivo... ni me explico qué relación pueda

haber entre las preguntas que acaba de hacerme y esa consecuencia que saca usted...

DON PASCUAL

Voy a aclararte lo que a tí te parece tan confuso.

DON LUIS

¡Por Dios, que deseo vivamente saberlo!

DON PASCUAL

El príncipe es un hombre destruido, aniquilado; sólo hay en él un soplo de vida. Por sus venas corren los gérmenes de la más cruel y casi bochornosa de las enfermedades.

DON LUIS

Sí, él no es fuerte... Pero ¿no será ese el motivo en que se funda usted para oponerse al matrimonio de Alicia?

DON PASCUAL

¿No te parece esa razón suficiente, desgraciado? ¿No comprendes que si el príncipe se casa con tu hija, volcará en ella el torrente de dolor y muerte que llena su organismo?... ¿No te horroriza y espanta la idea de que esa niña exhuberante de

salud, pura como una flor acabada de abrir, caiga en brazos de ese pobre degenerado, que la mancharía y contagiaria?

DON LUIS

Yo creo que usted, llevado del cariño que tiene a Alicia, exagera ese peligro... Es cierto que el príncipe está enfermísimo, delicado... pero nó hasta el extremo que usted lo pinta.

DON PASCUAL

¿Te atreverás a negarme a mí, a mí, que he tenido sometido a mis cuidados en el sanatorio al príncipe, que no está dominado por fieras y horribles enfermedades, unas heredadas y otras adquiridas por sus vicios?... Ese desdichado no es ya un hombre; es un montón de podredumbre, una charca negra y cenagosa, que se debería aislar piadosamente por el bien de la humanidad.

Hay unos instantes de silencio

¿Nada contestas? ¿Nada respondes a lo que te acabo de decir?

DON LUIS

¿Qué quiere usted que le diga?... ¡He oído de usted unas cosas tan originales!... Yo no sabía que un padre para casar a una hija tuviera que exigir del que la solicitara la presentación de un



certificado de sanidad... Siempre al convenir un matrimonio, se tienen en cuenta otras cosas, como posición, familia, porvenir del aspirante, y hasta, si usted quiere, la conducta y la manera como haya vivido. . Pero eso de preocuparse de si padece tal o cual enfermedad;... si engendrará chicos endebles o robustos, no lo he visto hasta ahora... Y fíjese usted, además, que ni las leyes civiles ni las religiosas, prohíben el matrimonio en un caso como el que nos ocupa... Eso se deja al criterio particular;... se confía al azar, y lo que resulte dependerá de la suerte o desgracia de cada uno...

DON PASCUAL

¡Luis Felipe, me asusta oírte hablar de ese modo!... ¿Qué quieres demostrarme con los pobres y débiles argumentos que has barajado?... ¿Que a pesar de lo que te he dicho no desistes de casar a tu hija con el príncipe?

Pausa

Si en la realidad de la vida las gentes no se cuidan de tener escrúpulos y ser rigoristas en cosas de verdadera trascendencia para ese acto, y en cambio conceden gran importancia a lo pequeño, a lo ruín, no demostrará sino la estupidez e ignorancia de esas criaturas. Y si el Estado y la Iglesia, con una previsión que no tiene nombre, no

se han ocupado de legislar sobre el punto más esencial del matrimonio, sólo probará que nos hallamos en presencia de una de tantas lagunas del pensamiento humano, que reclaman inmediata solución. Porque ¿qué me dirías de un jardinero que quisiera tener plantas hermosas y saludables, árboles corpulentos y frondosos, y arrojase la simiente en una tierra estéril? ¿A quién podría quejarse de que las semillas que con tanto amor y esperanza echó en la tierra no fructificasen, o si llegaban a nacer fuera con una vida miserable y raquítica?...

Pausa

Reflexiona, Luis Felipe, reflexiona, y acabarás comprendiendo, como yo, que ese casamiento es imposible.

DON LUIS

Usted tampoco tiene en cuenta otras ventajas que concurren en el príncipe y que pudieran atenuar esa desgracia de estar un poco enfermo, circunstancia ésta que le perjudica bastante, y que de darse sola, acaso fuera suficiente para deshacer el matrimonio... Pero el príncipe ostenta un nombre ilustre, y de esa nobleza rancia que reconoce varios siglos de existencia... Además, posee una fortuna fabulosa...

DON PASCUAL

¡Calla, calla!... ¡No sigas! ¿Y vale más para tí un nombre inventado por los hombres, un puñado de oro, que la salud y la vida de tu hija?... ¡Luis Felipe!... ¿a qué extremo de vileza has llegado?

DON LUIS

Confundido, sin saber que contestar.

No, yo no digo...

DON PASCUAL

Enérgico

Acabemos de una vez. ¿Apruebas, consientes el matrimonio de Alicia con el príncipe?

DON LUIS

No puedo resolver en un instante... Si Alicia le quiere...

DON PASCUAL

Alicia no puede querer, ni le puede gustar ese mamarracho, ese fantoche.

DON LUIS

Pues bien, ambicionará ser princesa,... ocupar una posición brillante.

DON PASCUAL

No creo que Alicia, la niña que se crió a mi lado, sea una mujer sin alma y sin corazón, por mucho que tú hayas hecho para envenenarla... Pero aunque así fuera, aún estamos aquí tú y yo para impedir esa locura, ese disparate. Así, que contesta si estás resuelto a oponerte a esa boda.

DON LUIS

Poniéndose de pié

Tengo que consentir, no hay otro remedio.

DON PASCUAL

Descompuesto, violento

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Luis Felipe!... ¡Siento que la vergüenza y el rubor tiñen mi rostro!... ¡Siento que la ira me ahoga!... ¿Pero tú eres hombre?... ¿Tú eres hombre o una fiera?... Pero ¿por qué no hay otro remedio? ¡Habla! ¿Qué cosa nueva puedo oír de tí que me asombre?

DON LUIS

¿Para qué? Sepa usted solamente que ese matrimonio tiene que ser.

DON PASCUAL

¡Nó! ¡Nó! ¡Habla!... ¡Dí por qué no hay otro remedio! ¡Quiero saberlo! ¡Necesito saberlo! ¡Ten-

go derecho a ello! ¡Vé que se trata de lo que es más mío que tuyo!

DON LUIS

¿Quiere usted saberlo? ¡Pues sea!... No hará muchos meses me prestó el príncipe una cantidad considerable;... él me salvó de la ruina, del escándalo, de la cárcel,... y yo no puedo corresponderle de la manera que usted quiere. También al casarse con Alicia, meterá gran parte de su capital en nuestro negocio de banca... y me evitará que nuevamente pueda hundirme en el descrédito y la miseria, dado lo mal que ahora andan mis asuntos.

DON PASCUAL

Furioso

¿De manera que para rehacer tu fortuna y seguir viviendo como un caballerete, sin pena ni gloria, gastando y triunfando en tu vida de vicio y crápula, no tienes escrúpulo en vender asquerosamente a tu hija? ¿Qué te importa a tí su felicidad, su salud, su vida?... ¡Nada! Para tí lo esencial es que no te falte dinero a mano, para seguir siendo el viejo mamarracho y conquistador que cada mes tiene una querida, que asombra a este Madrid con su lujo y fanfarronería... ¿Nó?... ¡Pues por Cristo vivo que eso no ha de ser! ¿Me entiendes?... ¡Qué estoy yo aquí para desbaratar ese repugnante negocio que quieres realizar!

DON LUIS

Olvida usted que yo soy el padre de Alicia.

DON PASCUAL

¡¡Tú su padre!!... ¡¡¡Tú su padre!!!... ¿Cómo puede ser eso, si los hijos de los lobos son lobos, y los hijos de los reptiles, reptiles?... ¡Esa niña, Alicia, es sólo de su madre, de mi hija, de mi sangre honrada!... ¿Cómo va a ser la hija de un malvado, de un canalla como tú?

DON LUIS

Amenazador

¡No sé como tengo paciencia para aguantar sus insultos! ¡Si no fuera usted el abuelo de Alicia, si no estuviera cargado de años, le impondría el castigo que merecen las palabras que acaba de pronunciar.

DON PASCUAL

¡Oh! ¡Bravo! ¡Bravo! ¿Te atreves a amenazarme?

DON LUIS

Me limito a retirarme, pero sepa usted que ese matrimonio se realizará, porque así yo lo quiero.

Intenta salir

DON PASCUAL

¡Nó, nó!... ¡Luis Felipe, no salgas! ¡Te lo ruego!
¡Te lo suplico! Oyeme...

DON LUIS

Podía usted haberse evitado esas súplicas, con sólo contener sus arrebatos.

DON PASCUAL

Bien, es igual. Perdóname, no sé lo que me digo. Pero es preciso que tú y yo tratemos de ponernos de acuerdo, que convengamos algo... que tú me oigas...

DON LUIS

Ya puede usted hablar.

DON PASCUAL

Escucha, Luis Felipe. Si tú no puedes oponerte a ese matrimonio por la deuda que tienes contraída con el príncipe, si es que necesitas dinero, yo te entregaré cuanto poseo, y además abandonaré el sanatorio y vendré a trabajar aquí, a trabajar febrilmente, sin descanso, como una bestia, para proporcionarte todo el dinero que pueda... Pero devuélveme a Alicia... Que sea yo sólo quien tenga que decidir sobre esa monstruosidad de casamiento que habéis proyectado.

DON LUIS

Le repito a usted que no puedo oponerme al enlace de Alicia con el príncipe.

DON PASCUAL

¿Qué más quieres, dí?... Te ofrezco cuanto tengo... te someto a contribución todas mis energías, todas mis fuerzas, hasta caer rendido de cansancio y fatiga en el surco... ¿Qué otra cosa puedo ofrecerte que despierte tu codicia?

DON LUIS

Nada, nada ¿Usted no sabe que una plumada del príncipe en un cheque vale más que veinte años de trabajo de usted, que toda la fortuna que me brinda?

DON PASCUAL

Ciego de ira y coraje

Y tú tienes que entregar tu hija al mejor postor, ¿no?... ¡Sal, sal de aquí!... ¡Pero pronto!... ¡Que yo no te vea más!

DON LUIS

Hace bastante tiempo que yo quise salir.

ESCENA VIII

DON PASCUAL, después JULIAN

DON PASCUAL

Desplomándose en una butaca

¿Y qué hacer? ¿Qué hacer, gran Dios?... ¡Oh, nada! ¡Nada!... Soy impotente para impedir esa villanía, esa enorme maldad! ..

JULIAN

Ya estoy aquí. Forneda el mayor me ha preguntado por usted, encargándome que le transmita su saludo más cordial y cariñoso. Dice que hará muy cerca de quince años que no le ha visto a usted.

DON PASCUAL

Sí, eso hará, quince años. Quince años que no abandonaba mi rincón, que no me ponía en contacto con esta farsa, con esta ficción que se lla-

ma sociedad. Y más me valdría no haberme movido de mi retiro, que no me acerco una vez a la vida que mi alma no sufra un cruel desgarró.

JULIAN

¿Le ocurre a usted algo, maestro?... ¿Por qué habla usted así?

DON PASCUAL

¡Ah, Julián! ¡Tú eres la única persona que puede comprenderme, con quien solamente puedo desahogar mi dolor y mi pena.

JULIAN

Pero ¿qué pasa? ¿Qué sucede?

DON PASCUAL

Figúrate que hace unos instantes he sabido que Alicia se casa... y que se casa con el príncipe Raiscolo...

JULIAN

¿Qué la señorita Alicia se casa?

DON PASCUAL

Sí, hijo mío, la perdemos... y se pierde ella. Y en vano será cuanto intente para estorbar esa boda.

JULIAN

¡Oh, maestro, comprendo su dolor!

DON PASCUAL

Julián, en la vida hay personas que parecen ser muy diestras, muy hábiles en sortear la desgracia, y si alguna vez no pueden rehuirla, procuran tener con ella el más ligero contacto. Y otras que siempre nos hemos topado con ella de frente, y en un choque rudo. ¿Qué remedio me queda sino seguir ofreciendo mi pecho a sus embestidas?...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPILOGO

Gabinete perteneciente a las habitaciones ocupadas por el príncipe en el sanatorio. Las paredes están estucadas y el pavimento encerado. A la izquierda gran ventanal que coge casi todo el testero. Al fondo y a la derecha puertas que comunican respectivamente con la alcoba del príncipe y el resto del pabellón. La puerta del foro estará abierta, dejando ver, parcialmente, el interior, débilmente iluminado, de la otra estancia, en la que se encuentra postrado en el lecho, en estado gravísimo, el susodicho príncipe. Canapé muy bajo y ancho, colocado cerca de la ventana; algunas sillas muy ligeras, un veladorcito y sobre él lámpara de pié encendida, revistas, periódicos, un reloj, dos jeringas de diversos tamaños y varios medicamentos en cajitas. En una percha abrigo claro, grandes gemelos enfundados y trajes de los usados por los enfermos para los baños de sol, compuesto de ámplio saco blanco de hilo, zuecos y gran sombrero de palma. La estancia sólo está iluminada por la pequeña lámpara. Es la media noche.

ESCENA UNICA

DON PASCUAL y la VOZ DE LA LOCA

DON PASCUAL

Vestido con un batín de laboratorio se encuentra de pié en el centro de la habitación en actitud reflexiva. Su mirada no se aparta del interior de la alcoba. Como pensando en alta voz.

¿Por qué, por qué ha vuelto al sanatorio el príncipe?... Ninguna o escasa mejoría hallará aquí,... nada podemos hacer por él, .. y el constante espectáculo de sus dolencias y miserias, al que fatalmente tengo que asistir, pone a todas horas ante mis ojos la enorme magnitud de mi desgracia,... no dá tregua al corazón en el dolor que le ahoga...

Pausa

Está grave, gravísimo... pero no morirá aún. La naturaleza, por un extraño capricho, por un cruel

refinamiento, alargará su vida algún tiempo más... Y ese aliento de vida que en él queda estimulado por nuestros cuidados... por la bondad del ambiente, prolongará su triste existencia unos meses, acaso un año... dos... el tiempo suficiente para que se consume... ¡Oh!... ¡No quiero pensarlo!... ¡Me horroriza!

Pausa. Déjase caer en una silla hundiendo la cabeza entre las manos.

Pero quisiera librarme de estos tristes pensamientos... ¡quisiera librarme de ellos!... ¡Mas no puedo! La idea de ese matrimonio me persigue con una tenacidad, con una fijeza aterradora... Es una obsesión... una pesadilla... No veo por todas partes sino la imagen de Alicia, triste, enferma, destruída, arrastrando una vida de sufrimientos horribles... y rodeada de una legión de chicuelos raquíticos, contrahechos, monstruosos, espantables, que aullan y gritan como preguntando, en la desesperación de su dolor, por qué los trajeron a la vida...

Pausa larga. Durante ella se oyen los gritos y lamentos que lanza una pobre demente desde su habitación en uno de los pabellones del sanatorio. En el profundo silencio de la noche, la voz resuena clara, imponente, trágica.

VOZ DE LA LOCA

Como saliendo de un sueño

¡Ay de mí!... ¡No habrá quien me libre de este fuego que me rodea, de este fuego que no acaba nunca, de este fuego que me abrasa y consume!... ¡Hay mucho fuego!... ¡Veo mucho fuego! ¡Fuego por todas partes!... ¡Fuera de mí, dentro de mí, en mi cabeza, en mi pecho, en todo mi ser!... ¡Ay! ¡Ay!... ¡Otra vez las llamas me envuelven, me ahogan, queman mi carne!... ¡Piedad, compasión de mí!...

Más exaltada

¡Nó!... ¡No quiero morir ardiendo!... ¡No quiero morir abrasada!... ¡Socorro!... ¡Venid a sacarme de esta hoguera, de este infierno donde mi cuerpo se quema!...

La voz se va apagando, desfalleciendo. Al terminar será un débil gemido.

¡Nadie viene, nadie acude!... ¡He de morir así!... ¡Ay de mí!... ¡Ay de mí!...

DON PASCUAL

He ahí una pobre víctima de la cobardía e infamia de los hombres. También a ella, como a mi Alicia, la buscaron un marido de los que buscan y codician todos los padres para sus hijas;... rico,

noble, ilustre... ¿para qué más?... Y en una fiesta brillante, entre sedas, brocados, oro, sonrisas, parabienes y enhorabuenas, y con la asistencia de un representante de la justicia divina y otro de la humana, que sancionaban aquél acto, se firmó la sentencia de muerte de esa desgraciada... Porque el hombre que se unía a ella, debajo del brillo de sus blasones... del esplendor de sus riquezas,... le aportaba también mucha roña y podredumbre que había de roer y destruir su naturaleza sana. ¡Aquí están los resultados!... ¡Una vida atada por siempre al suplicio más horrible... ¡Hijos que nacen ya en brazos de la muerte!... ¿Y esa es la suerte que espera a Alicia?...

Otra pausa. De repente don Pascual es presa de una gran agitación, como rechazando vivamente una idea que hubiera brotado en su cerebro.

¡Nó! ¡Nó! ¡Nó! ¡Eso nó!... ¡Nunca!... ¡Sería!...

Reaccionado contra él mismo ¿Y por qué nó?... ¿He de ser un cobarde como los demás?... ¿Y es virtud consentir un crimen horrendo... y delito evitarlo?

Levántase. Todo revela en él la gran lucha que sostiene en su espíritu. Da algunos pasos, irresoluto, volviendo otra vez al mismo lugar.

¡Nó! ¡Nó!... ¡El enfermo es sagrado para el médico!... ¡Lejos de mí ese pensamiento!... ¡Sólo el pensarlo es infame!... ¡Oh, gran Dios!... ¡Mi cabeza va a estallar!

VOZ DE LA LOCA

¡Auxilio!... ¡Acudid pronto!... ¡Ya no puedo más!... ¡El fuego todo lo invade, todo lo llena!... ¡El mundo es una inmensa hoguera donde arde mi cuerpo!... ¡Favor!... ¡Sacarme de este fuego!... ¡Muero de dolor!... ¡Muero de tortura!... ¡Ay de mí!...

DON PASCUAL

¿Debo vacilar un momento más?... ¡Nó!... Esa voz acaba de mostrarme como un camino luminoso lo que es deber de mi conciencia.

Sereno, tranquilo, magnífico, carga la jeringa de mayor tamaño con una fuerte dosis de morfina y penetra en la alcoba. Vuelve a los pocos instantes, agobiado por el grandioso acto que acaba de realizar y por la duda que experimenta su alma honrada.

¿Soy un asesino o un hombre que ha cumplido con su deber?

VOZ DE LA LOCA

¡Ya todo es fuego! ¡Fuego! ¡Mucho fuego!...
¡Ya está aquí la muerte!... ¡Ay de mí!

TELON LENTO

FIN DEL DRAMA





Biblioteca Pública de Soria



72545922 LZ 1-1

IMP. DE B. GIMÉNEZ

PUENTE GENIL

27 12

83

|| ||

EL

MANIFIESTO

DE

UNA

CONCIENCIA

|| ||

G. B.